

# Función integradora de la labor catequética en la tensión dialéctica: «Reino de Dios» y «Proyecto político» de humanización

JENARO MERCADO

Este tema espinoso y de palpitante actualidad se plantea en hondura del ser del creyente (catequista) para quien la tensión dialéctica: Reino de Dios y Proyecto político de humanización tiene valor de ultimidad.

Otra manera de expresar la misma idea sería ésta: «Función integradora de la labor catequética en la tensión dialéctica: «Historia de la salvación» e «Historia del Progreso Humano». Sin este presupuesto necesario se corre el riesgo de plantear el tema en el nivel superficial de la demagogia o en la pura fantasía de la representación simbólica. Ambas formas de tratamiento terminan por ser alérgicas a la naturaleza humana, sedientas de opciones fundamentales. Por consiguiente, a partir de este fundamento existencial, empiezo a levantar el edificio de ideas que a continuación expongo.

## Palabra de Dios en la historia

La palabra de Dios en la historia no se percibe en paréntesis, arrobamiento ni en el bregar fatigoso de un proyecto social, sino en la actitud creyente ante la palabra que viene a iluminar la entraña de la historia. A los ojos del creyente la Palabra de Dios se descubre como salvación para el hombre y los pueblos. No se trata de una Palabra mágica, se trata de una Palabra de acontecimiento que suscita respuestas libres en el hombre. En el fondo, la Palabra de Dios comporta «una empresa compartida».

Desde esta óptica, la trascendencia divina, más que un atributo, se expresa como el riesgo de Dios en favor de la humanidad, riesgo que permite degustar el carácter dramático que marca el ritmo del despliegue de la historia. De esta manera se corrobora la esencia de la historia cristalizada en la presencia de Dios tanto en el fracaso, como en el éxito. Ante el creyente-catequista, la historia concreta constituye el lugar privilegiado del hablar de Dios que marca el principio, el fin, la dirección y el itinerario trabajoso y vacilante de ella.

Tomar conciencia de los avances y retrocesos de la historia es favorecer la maduración de la opción cristiana en el interior del dinamismo de la historia. De esta manera surge la comunidad con todos los creyentes que han tomado en serio el valor antropológico de cara a la labor de construir la sociedad. Incursionando este camino, el creyente-catequista descubre la estructura sacramental de la historia: Por una parte experimenta la Palabra viva de Dios y por otra el Acontecimiento. La Palabra ilumina el Acontecimiento y el Acontecimiento clarificado exige una respuesta libre y concreta del creyente. Dios y el creyente-catequista se encuentran en la historia y juntos deciden llevar adelante el programa inédito del Reino. En este caminar el creyente-catequista descubre la grandeza de Dios y su propia pequeñez, descubre que Dios es su fuerza, su Amigo Fiel que nunca le abandonará, descubre también la posibilidad de alejarse de El, de buscar una vida al margen de la historia real cuyo trasfondo se asoma como empresa difícil de realizar.

## historia ristofinalizada

Entre Reino de Dios y proyecto político no existe una solución de continuidad; si así lo fuera, se trataría de una grisácea superposición o yuxtaposición de los mismos, y esto es inadmisibile en la labor catequética del creyente.

Ante el creyente-catequista, la Palabra de Dios pronunciada en la historia es portadora de mensaje de humanización plena, es fuerza que llama a la existencia (Creación) y finalmente se configura en Jesús de Nazaret para irrumpir su Reino en la entraña misma de la única historia.

A la luz de la praxis de Dios, el creyente-catequista rompe el círculo fatídico del pensamiento griego, supera el itinerario mecanicista del materialismo dialéctico y sorprende a Dios ligado a una sucesión de acontecimientos históricos en cuya cima se levanta la muerte y resurrección de Jesús. La presencia de Jesús de Nazaret subraya la doble vertiente de la historia: el acontecimiento y la Palabra de Dios. La Palabra discierne el Aconteci-

miento y hace de él un momento de gracia. El doble efecto de Palabra de Dios imprime sentido y dirección al despliegue de única historia y la convierte en proyecto de humanización (s vación).

En este contexto cae por tierra la teoría que propugna la existencia de dos realidades, de dos historias: una profana y otra sagrada. Esta manera de concebir debe ser enmendado en la y en la labor del creyente-catequista en cuanto conduce a con derar dos realidades opuestas y cuasi irreconciliables.

Es esencial, en la labor catequética, contemplar la unidad de historia desde la Palabra Encarnada: Cristo-Jesús que une historia en un solo haz salvífico. Entonces, la totalidad de la historia se manifiesta como el lugar de la expresión del plan salvador de Dios que invita a asociarse a la causa de Jesús a través de una vida de compromiso al impulso del amor. En esta perspectiva el Hecho-Cristo es la irrupción de la gracia en la historia, a la que transforma y la hace sacramento de encuentro con Dios y con el hermano. A esto apunta la nueva cosmovisión denominada: «La cristofinalización del universo». La expresión muy acertada por cierto, es de Gustavo Gutiérrez y dice así: «...se trabajaba de un lado, bajo el temor de recaer en los viejos dualismos y, del otro, bajo la sospecha permanente de no salvar suficientemente la gratuidad divina y lo específico del cristianismo. Pero, aunque la forma de entender la sea susceptible de enfoques diversos, la afirmación fundamental es clara, en concreto: hay una sola historia cristofinalizada»<sup>1</sup>. No obstante embeleso producido por la afirmación de Gutiérrez, se impone de relieve la peculiaridad de la actuación histórica de Dios que de ningún modo puede ser identificado con los sucesos de historia. A esto se refiere la tradición bíblica cuando habla de historia salvífica como el conjunto de Kairos que acaecen en transcurso de la historia.

Ambos aspectos —intuición de Gutiérrez y tradición bíblica— empujan a buscar la relación en otra perspectiva y ésta no otra que la unidad histórico-salvífica. Se trata de una unidad promovida por Dios, por esto el progreso de la historia refleja y cristaliza de alguna manera, el carácter salvífico de la historia. Sin embargo, paradójicamente, la unidad histórico-salvífica se presenta a la vez el carácter indivisible e irreductible de ambas realidades.

### **Requerimiento y respuesta**

La visión de la unidad histórico-salvífica respeta la peculiaridad del desarrollo del Reino de Dios que nace de la gratuidad y libertad de Dios, en su creación y salvación; respeta también

<sup>1</sup> Gustavo GUTIÉRREZ, *Teología de la Liberación*, Sígueme, Salamanca, 19757, p. 200.

libertad del hombre. En esta tensión polar de requerimiento y respuesta se teje la trama de la única historia; en razón de esto, la labor del creyente-catequista no consiste en colorear de manera diversificada las «diversas» áreas de la única historia sino en dar la máxima importancia a dicha unidad. A partir de aquí se puede hablar del compromiso cristiano: como respuesta libre al requerimiento de Dios. No sólo eso, sino que el creyente-catequista descubre la no ultimidad del Reino en las coordenadas del tiempo, ni en las mejores intuiciones de un determinado proyecto social. Esto, en lugar de desanimarle, le impulsa a enrolarse en la onda dinámica del «ya», pero «todavía no». Nuevamente descubre la paradoja del Reino de Dios, paradoja que campea a caballo entre la invalidez y la fuerza, entre la miseria y la riqueza, entre lo imperfecto y lo perfecto... entre el pecado y Dios.

El creyente-catequista no debe eludir el desafío de la historia sino que debe participar en las liberaciones políticas, en los avances científico-culturales, en las emancipaciones socio-económicas, en los proyectos políticos de mayor índice de humanidad, en la lucha abierta contra la opresión... en cuanto tienen valor en sí como anticipos del cambio profundo y definitivo que Dios llevará a efecto.

A los ojos del creyente-catequista la historia se manifiesta como realidad: divino-humana. Este carácter acusa el sentido dinámico y evolutivo del plan de Dios. No podía ser de otra manera puesto que la acción histórica de Dios está supeditada a esta historia y es también vehiculada por ella. Por tanto, Dios lleva su plan de manera progresiva, se acomoda al ritmo vacilante de la historia y al ritmo lento de maduración y crecimiento que el creyente-catequista ofrece al requerimiento divino. Se comprende y se descubre el carácter dialogal de la historia y la importancia del hombre en su crecimiento y despliegue. En este sentido, todas las mejoras en el universo y en la convivencia de los hombres tienen valor ante el hombre, sujeto de la historia, agente de la cultura, artífice del progreso. En ningún momento la presencia dinámica de Dios anula el bregar fatigoso del creyente, al contrario, la fuerza de Dios gana efectividad en la medida en que el creyente (el hombre) se vincula con las realidades que anudan la historia. En este contexto, el creyente-catequista es co-creador cuyo compromiso, abocado íntegramente al crecimiento del Reino, se convierte en empresa de gracia, gracia que activa la espera del Reino Escatológico. Por esto, la actividad de Dios no puede ser sino salvífica y progresiva y el creyente-catequista experimenta el amor del Padre en el esquema de su vida.

**Creyente-  
catequista  
que vive el Don  
de la fe**

La fe vivida en la historia es existencial y experiencial, se presenta como una relación interpersonal, como una adhesión como una común-uniión, como un encuentro interpelante, como un diálogo, como una confianza mutua. Está ligada a las personas, por eso, se expresa en términos de alianza, de mutua dedicación, de mutua revelación. La adhesión al Hecho-Cristo implica quedarse en el suelo histórico, las riquezas pascales emergen las aspiraciones auténticamente humanas, de este modo se elimina, una vez más el falso dualismo entre experiencia de Cristo y experiencia del mundo.

La fe se convierte en una forma de hacer historia, es praxis, expresa en todos los niveles que configuran el diario vivir del creyente. La fe a la luz de la conciencia escatológica descubre el Reino como Don Gratuito del Padre que hay que cultivar con afán. A partir de la gratuidad del Don, la fe es acogida y respuesta, búsqueda, compromiso y lucha.

**espera contra  
toda esperanza**

El cristiano movido por su fe, interpreta y participa en las aspiraciones de la humanidad, y toda aspiración colmada vive a ser un jalón revelador de las excelencias del Reino Prometido. En este sentido, la historia aparece como el lugar por y en el cual Dios realiza progresivamente el Reino Nuevo sobre el único fundamento: El Evangelio. El creyente vive «la espera» en un terreno de fondo teñido de fracaso, de sangre, de muerte, apuesta por la Oferta de Dios en medio de los avatares de la historia.

La esperanza del creyente-cristiano acoge de manera especial la esperanza de los marginados; de alguna manera, esta característica viene a constituir la paradoja de la utopía del Reino de Dios. Lo dice muy bien Moltmann: «La esperanza cristiana, en la medida en que sea cristiana, es la esperanza de los desposeídos del futuro. Es, por tanto, una esperanza contradicente contra los optimistas vanidosos y los vanidosos pesimistas»<sup>2</sup>. Desde la esperanza se concede a la Escatología el valor de primerísimo orden que tiene en el conjunto del compromiso cristiano; no trata, por tanto, de un pegote consolador, sino del punto final de Dios,

<sup>2</sup> Jürgen MOLTSMANN, *El hombre. Antropología cristiana en los conflictos del presente*, Sigüeme, Salamanca, 1976, pp. 157-58.

**toma en serio  
el mandato  
del amor**

Pienso que la originalidad del amor cristiano consiste en descubrir en todo hombre al *hermano* a quien amar y con quien compartir. El don de la existencia concedido por Dios hace que el creyente viva por los hombres, no contra los hombres en razón de que el hombre pasee un valor evangélico. Esto hace que la originalidad aúne la mística con la praxis. Desde esta óptica, el conce

de prójimo se ensancha para el creyente-catequista. El prójimo no es sólo persona. El prójimo puede ser también un pueblo, un sector, un grupo de marginados. Se trata de vivir el amor a un prójimo colectivo, poco atrayente, es decir, se trata de expresar el Mandato del Amor en una dimensión social. Lo característico de este amor universal es «que no lo motiva una ideología, un proyecto determinado, sino la seguridad de la fe que en principio es la caridad. Es decir, que en conocer y garantizar el destino humano, se encuentra siempre, en última instancia y a despecho de toda apariencia, el amor gratuito que se expresa en el don de sí»<sup>3</sup>.

El Mandato del Amor no se puede quedar a nivel puramente socioeconómico, lucha para que todo hombre llegue a ser imperativo de fraternidad.

nesto BALDUCCI,  
*dimensiones políticas de la caridad. inocencia perdida*  
Sal Terrae 2  
6) p. 110.

### **miembro vivo de una Comunidad**

La Pascua injerta definitivamente a Cristo en la historia, en ella convoca una comunidad de creyentes llamada: Iglesia. La Iglesia se compromete con el universo entero, lo contempla desde la perspectiva seria del Evangelio. En este sentido, la comunidad creyente participa conscientemente en el plan de plenitud humana. Surge así el valor de la Unidad de hombres polarizados totalmente en la construcción del Reino de Dios en esta tierra. Desde la unidad, la comunidad-creyente relativiza todo lo diverso: raza, lengua, sexo, cultura, religión, poder económico, ideología, poder político. Con ello arranca de cuajo la falsa unidad apoyada en el fusil y en la diplomacia.

A partir de la comunidad-creyente el mundo se define por el lado de la interpelación comunitaria, de esta manera se pone de relieve otro elemento esencial de la labor catequética que es: Lograr la Unidad entre todos los hombres. La comunidad creyente no puede pasar por alto la dimensión universal del Reino delineado por Jesús de Nazaret, Reino ofrecido a todos, especialmente a los pobres. En realidad, todo el universo en logro y búsqueda de mayor fraternidad espera la llegada del Don Escatológico.

### **Punto final**

Una recta intelección de la labor del creyente-catequista y miembro vivo de la comunidad eclesial, no puede ser ajena al terreno político, pero tampoco puede quedar aprisionada en un determinado modelo operativo. Ante el empuje del creyente-catequista, la política debe ser entendida como la acción de hacer de este mundo un lugar del desarrollo de las potencias del hombre y de los pueblos. Desde este punto de mira la recta comprensión de la

creación sólo puede ser prolongada en la actividad humana ésta hace del Evangelio la única y definitiva respuesta a la pregunta fundamental del hombre. La conquista del Reino es progresiva, siempre va a más, no se detiene, es exigencia permanente de crecimiento, es compromiso al amor y por amor. El creyente-catequista espera confiado la llegada de Dios que vendrá dar la puntada final al laborioso trabajo realizado en las coordenadas espacio-temporales. En realidad «el crecimiento del Reino es un proceso que se da históricamente en la liberación, en tanto que ésta significa una mayor realización del hombre, la condición de una sociedad nueva, pero no se agota en ella; realizándose hechos históricos liberadores, denuncia sus límites y sus amargüedades, anuncia su cumplimiento pleno y lo impulsa efectivamente a la comunión total. No estamos ante una identificación

Sin acontecimientos históricos liberadores no hay crecimiento del Reino, pero el proceso de liberación no habrá vencido las raíces mismas de la opresión, de la explotación del hombre por hombre, sino con el advenimiento del Reino, que ante todo es don»<sup>4</sup>.

<sup>4</sup> Gustavo GUTIÉRREZ, *op. cit.*, 239.

A la base de esta reflexión personal palpita la oferta cristiana de la gratuidad de un Dios que hace que la praxis de quienes en él creen se exprese como praxis de liberación, praxis que posibilita al hombre, por ser hombre, ser lo que virtualmente puede llegar a ser, aquí y ahora.

**«Porque no creo que nadie pueda decirme qué soy  
porque no quiero tener que decirte quién eres  
porque no creo que nadie pueda educarme  
porque no creo en el hombre-máquina  
porque no quiero tener que construir más máquinas  
porque no creo en los héroes  
porque no quiero ser un héroe  
porque sólo quiero  
Ser».**

*(El Dr. Mac-Abrus y los monstruos contra el Imperio del Bien. Creación del colectivo teatral «El patito feo de España», Zaragoza)*